EL CARRIL DE LOS RECUERDOS

La bicicleta se detuvo junto al río, del que el alba arrancaba reflejos plateados que se elevaban entre las nubes de bruma que se abrían paso en la fría mañana. Se sentó en la húmeda hierba y miró anhelante las aguas mientras de sus mejillas las lágrimas corrían frenéticas a encontrarse con las gotas que descansaban sobre las briznas. El paseo comenzaba a llenarse de otros pedaleantes que, ajenos al mundanal ruido y al caos del tráfico, se deslizaban casi flotando hacia sus quehaceres diarios. Para ella la mañana siempre comenzaba igual, aunque aquella fuera diferente, y esa estampa no podía ser una metáfora más fiel del significado de la vida. Y lo había aprendido por las buenas, qué las malas vienen solas, como decía su abuelo, quien tantas y tantas veces había pedaleado tras ella con un ojo puesto en el carril y otro en su cesta trasera color malva, aquella que le había instalado a su bici cuando ella empezó a montar y que desde entonces había conservado. Él le enseñó a amar las dos ruedas.

- ¡Ay que ver lo que ha cambiado la cosa, eh! En mis tiempos había que ir sorteando el tráfico y con mil ojos para que no se te llevaran por delante. Ahora, con estos carriles, la verdad es que es un lujo. Ir cómodamente a cualquier parte de la ciudad sin tener que preocuparte por dónde aparcar ni de los coches. Y para más inri ahorras dinero y encima cuidas del medioambiente. Un lujo, lo que yo te diga. ¿Sabes que conocí a tu abuela Rosario montando en bicicleta?

Y claro que lo sabía, se lo había contado mil veces, pero cada una de esas veces descubría un nuevo matiz, lo que disfrutaban por la ciudad cuando

pasaban junto al río cruzando el puente de Triana desde el Altozano, esos timbres de bronce que había comprado a juego para instalarlos en sendos manillares.

- ¡Hasta a la Velá de Santa Ana he ido yo en bicicleta! –se jactaba.
- ¡Anda ya, abuelo, con la de gente que hay allí!
- ¡Qué sí, niña, que yo con mi bici entro en todas partes!

Y se reían. Así concebía ella la vida, así le había enseñado él a vivirla, a apreciarla, como un viaje en bicicleta que te lleva a mil lugares pero con paso seguro, sencillo, sin malos humos, un trazado de momentos que se entrechocan y crean recuerdos, de los que cuentan, los importantes por lo que suponen para ti y para el resto de personas de tu entorno, sin egoísmos, con conciencia.

Sí, aquella mañana era diferente, diferente porque su abuelo ya no volvería a recorrer las calles de su Sevilla en bicicleta. Pero para ella siempre estaría allí, rodando, viajando, viviendo. Y con la mirada fija en la calle Betis, se incorporó y se enjugó las lágrimas, se montó en la bici uniéndose al resto de pedaleantes y con una serena sensación de orgullo, henchida, sonrió.

Apolo